

#### CAPITULO CXLV.

Continúa la descripción de la Exposición.—Asenciones en globo.—  
Los buses en el Sena; ejercicios á que se entregaban; ansiedad  
de los concurrentes, y reflexiones á que todo esto daba lugar.—  
Secciones consagradas á las Bellas Artes.—Reflexiones que  
ocurrieron al comparar las obras exhibidas en 1867, con las de  
1856.—Decadencia notable.—Obras de pintura francesas.—  
Mr. Cabanch, y sus obras notables.—Lo expuesto por las otras  
naciones.

En el centro de una de las galerías en el interior del Palacio, se veía una glorieta rodeada de asientos y llena siempre de gente, en cuyo centro había una escalera espiral que conducía á un Globo, en el cual continuamente cruzaban el espacio varias personas no solo con el fin de tener una pequeña idea de estos viajes aereos, sino

para contemplar á Paris desde una altura considerable y porsupuesto con mas perfeccion aún el Palacio de la Exposición.

En este Globo había una especie de para caída cuadrado en el que podían sentarse en buenos asiento doce personas.

El globo continuamente subía, y bajaba deteniéndose siempre algunos minutos en esta operación.

Costaba unos 20 francos la asencion, (es decir 4 pesos mexicanos,) y tardaría uno en subir, permanecer algo en la altura y bajar, una media hora.

En aquella época se intentaba hacer viajes aereos, de manera que el globo de rigurosa estaba moda.

Se puede decir que no había persona que visitara la Exposición que no quisiera subir en él y esto era muy natural hasta cierto punto, puesto que allí sin ningun peligro se podía probar lo que de otro modo era muy expuesto hacerse.

Todos los dias nos deteníamos un rato contemplando el globo, y como se comprenderá nacía y crecía en nuestro interior un vehemente deseo de subir en él, queríamos examinar tambien que tal sentíamos la cabeza si débil ó fuerte. Si en la altura no se nos dificultaba el aliento, disfrutar el hermoso panorama que se presentaría á nues-

tra vista, y conocer en fin, en esta nueva manera de viajar.

Los niños poco conocen la virtud de la prudencia, y nosotras que en esto no la teníamos absolutamente, manifestamos con toda su viveza á nuestro querido papá el deseo positivo que teníamos de efectuar la subida en globo.

Pero como los señores no son como los niños y papá por su misma bondad y afecto siempre tan lleno de cuidado, no admitió absolutamente nuestra solicitud y apesar de que él estaba siempre dispuesto á darnos en todo gusto en esta ocasion no fué así y se opuso á la realizacion de nuestros deseos.

Le habian dicho que varias personas al encontrarse ya en la altura se habian accidentado y no quiso esponernos á igual peligro, por lo que no nos fué posible satisfacer nuestro natural curiosidad.

Sentimos esto de una manera extraordinaria, pero no debiamos contrariar á papá y tuvimos que resignarnos, bien es verdad que no sin que nos haya dejado de costar algun trabajo como sucede generalmente cuando se anhela algo y tiene uno que ejercer cualquier género de vencimiento.

Desde que perdimos la esperanza de subir, ya no nos gustaba detenernos delante del globo,

pues con la imaginacion nos trasladábamos á él y sentiamos las impreciones de la atmósfera, y el aire fuerte y cortante de la altura y esto no podia menos que hacernos muchísima impresion.

Despues meditabamos en la importancia de este descubrimiento por si algun dia se llevaba á cabo; y no podiamos menos de admirar, ¡hasta donde se remontan los secretos impenetrables de la ciencia, y los prodijosos descubrimientos que tan amenudo se hacen!

¡Viajar en medio de la atmosfera, en un límite poblado tan solo de aves y gases!.....en un espacio inmenso.....¡Ah, esto es admirable! Sin embargo todavia no se ha podido llevar este sistema á la perfeccion todas las tentativas se han estrellado en dominar y poder dar direccion á los globos aunque no por eso se ha abandonado el estudio de tan importante descubrimiento y admirable combinacion. Con nuevas investigaciones y la ayuda del tiempo, quizas es de creerse, se llegue á llevar esto á cabo como ha sucedido con tantas otras invenciones que el tiempo y el profundo estudio ha perfeccionado.

Es una tarea dificultosa no puede negarse lo que se emprendió; por que no es un juguete gobernar en el espacio un globo, atravesar quizas en él un oceano y estar suspendido sobre el abis-

mo de la muerte; es esto demaciado serio. ¿A que no se ha atrevido, sin embargo el hombre? ¿Que cosa por peligrosa y difícil que se le haya presentado ha dejado de emprender? parece que no comprende todo el precio de la vida cuando lo contemplamos en medio de su intrépido valor, desafiando puede decirse á la muerte!..... el hombre, creatura por su naturaleza tan débil, tiene por su inteligencia un poder innegable y tambien indisputable, ¡todo lo emprende! ¡á todo se exponel se pone á luchar con los mas peligrosos elementos; el fuego..... el agua..... y en vez de que le hagan daño, el mismo les hace servir para su propio provecho; los utiliza de mil maneras y así nos muestra la hermosura y ocultos servicios que nos presta todo lo que quizas nos inspiraba antes mas temor! ¿Qué bella es realmente la inteligencia humana! tan cierto es que como una chispa infusa en nosotros por la Divinidad, no puede ser sino un magnífico obsequio que legara al hombre Su Supremo Hacedor.....

Si nos pusiésemos ahora á considerar atentamente todo el bien que la inteligencia ha hecho, al mundo y el don admirable que en ella nos ha dado Dios, nunca concluiríamos, no de manifestarlo como es debido, porque esto jamás nos sería posible, sino al menos de bosquejarlo. No

debemos sin embargo apartarnos de nuestro objeto; entremos de nuevo en su terreno propio, y perdónenos el lector que de cuando en cuando con algunas observaciones nos separemos al parecer del punto principal de este escrito.

Volviendo á la Exposicion nos detuvimos en la orilla del Sena á contemplar un espectáculo que llamó vivamente nuestra atencion y que no carecerá de interés para el lector. Hallábase en la rivera del rio una pequeña tienda á la que siempre se agolpaba la multitud, porque allí estaban dos busos que cubiertos con trajes de una tela extraña se sumergian en la profundidad de las aguas para arrancar á la tierra los secretos que bajo ese sutil manto pueda encerrar. A los busos se debe la pesca del coral y de las perlas.

Los que se ocupaban en esto ademas del traje lijero é impermeable, se les veía sobre la cara una especie de máscara ó careta ó mas bien dicho una campana de buso que los cubria perfectamente.

Dispuestos de esta manera pedian á alguno de los concurrentes que arrojase á lo profundo del rio lo que gustase, cualquier objeto pequeño como una moneda una mancuerna una sortija, alguna llave etc., estos objetos como se vé, son tan imperceptibles que muchas veces tenemos nosotros mismos aquí en la tierra no poca difícil-

tad en encontrarlos; pues ¿qué será en el fondo de las aguas que quizá no esta del todo plano; si no lleno de sinuocidades?

Esto por tanto tiense desde luego como una verdadera hazaña.

Uno de los concurrentes arrojó sus mancuernas y otros una monena; los busos esperaron un rato antes de tirarse al agua para dar tiempo á que estos objetos llegasen á fondo y no los cogieren en la superficie, y cuando calcularon que era ya tiempo; se arrojaron al Sena desapareciendo á los ojos de todos; desde aquel instante las miradas estaban fijas en las aguas con una inquietud estraña, y en todas las fisonomias se leía la positiva ancia con que esperaban que volvieresen á aparecer pues la imaginacion imprecionada hacia creer que iban á quedar sumergidos en lo profundo de las aguas, y que no volverian á la superficie perdiendo de tan deplorables manera la existencia.

Al ver que el tiempo pasaba sin efectuarse su salida, crecia la agitacion y las impresiones angustiosas que en tales instantes se esperimentaban no se pueden definir, eran muy fuertes y violentas; cada minuto que trascurre sin que los busos aparecieran. nos causaba una conmocion mayor, ya se murieran!..... ¡les faltarían las fuerzas!..... les daria algun ataque sin haberse podido sobre-

ponerse á él; tales eran las congeturas que se formaban.

¡Quizás el traje ó la máscara que tenian halla sufrido alguna leccion y esto ha sido lo bastante para producir un verdadero desastre! estas eran las reflexiones que se venian á la mente y contristaban el corazon.

¡Lo que hace la codicia y la necesidad!

El bien mayor que el hombre posee sobre la tierra es la vida, y por un poco de oro sacrifica este bien, el cual perdido lo hace desaparecer de la escena de este mundo. ¡Oh cuan necios son los hombres que asi se exponen sin pensar en lo que hacen!

Despues de transcurrir algunos minutos de cruel incertidumbre vimos al fin aparecer de nuevo á los busos llenos de vida y animacion, trayendo entre sus manos el laurel de la victoria.

¡Qué consuelo tan inmenso sentimos entónces y connosotras todas las demas personas que se hallaban presentes!

¡Crear de un Sér un fin ya desastroso!—tener su muerte por cierta, y sin embargo ver irradiar hermoso y esplendente el último ráfago de esperanza que viene á animar la bellísima realidad; esto es mas para sentirse que para poderse describir!

Sen muy gratas al corazon ciertas impreciones.

y la que recibimos entónces fué de tal naturaleza que el transcurso del tiempo no ha sido bastante para hacerla desaparecer, ni aun para minorar á su recuerdo toda la fuerza de la que entónces sentimos.

Despues del primer movimiento de regocijo, la natural curiosidad nos hizo inquirir y ver si en realidad traian en la mano los objetos que los concurrentes habian arrojado al rio.

En efecto con ellos venian, y despues de haberlos presentado á sus dueños para que los reconocieran y dijeran si eran ó no los mismos; á la afirmacion de estos los pasaban cerca de cada uno de los que se hallaban presentes para que los viesen, y los que gustaron los tomaron en la mano para examinarlos, y luego volviéndolos al dueño, cojieron una pequeña bolsa, y con ella hacian colecta de lo que los concurrentes tenian á bien darles.

Segun las proporciones de cada uno, más ó ménos generosidad y admiracion que habian producido, echaban en la bolsa una ó muchas monedas, y puede asegurarse que la cuesta no era insignificante.

Muchos picados ya por la curiosidad, quedábanse á presenciar otra nueva operacion del mismo género, y otros no se daban por satisfechos hasta no ver ellos mismos lo que ponian, y arrojaban

á las aguas el objeto propio que tenian ya muy bien conocido y en el que podian hacer mejor, por lo mismo sus observaciones de todo género.

Hayo en los hombres distintos caracteres, y mientras los unos se dan por satisfechos con muy poca cosa, los otros son tercos, y les gusta la averiguacion minuciosa de todo hasta en sus menores detalles.

Esto se comprende en cosas tan asombrosas, como la que acabávamos de observar, puesto que no es tan fácil encontrar en el fondo de las aguas un objeto tan pequeño como es un anillo ó una mancuerna y moneda: esto asombra y no puede ménos de admirar mucho, y por lo mismo se quiere uno convencer de la realidad para creerlo.

Nosotras fuimos de los que no nos contentamos con ver una sola vez la operacion sino que procuramos verla repetidas ocasiones, lo cual nos produjo varias reflexiones sobre la audacia del hombre y el poco aprecio que hacen de la vida en muchas circunstancias.

Despues de haber considerado todo lo que aquellas pobres gentes se exponian por conseguir unas cuantas monedas, no pudimos ménos de reconocer el beneficio de la Providencia para con sus criaturas, pues aun en peligros tan inminentes, y buscados indudablemente por ellas mismas; así las cuida y favorece.

No debe sin embargo, abusarse y obrar con imprudencia y temeridad; debemos confiar en la Providencia sin duda alguna, puesto que ella es tan munificente y buena para con todas las criaturas, que sabe cuidar hasta de los pajarillos del campo, y de las floresillas que crecen en el desierto; pero no hay que abusar buscando en ella un auxilio temerario, porque entonces saldrá fallida la esperanza del audaz, que así se atreve á esperar su socorro y entónces en vez de misericordia, se verán brillar los otros atributos del sér omnipotente y justo.

## CAPITULO CXLVI.

Continúa la descripción de la Exposición.—Vuelve á hablarse del aspecto y cuadro que presentaba y se acaba por dar una idea general de ella.—Nuestra vida durante la Exposición, sensaciones que producía su movimiento, y reflexiones á que daba lugar.—Nuestra despedida.

Hemos recorrido ya la parte industrial del Palacio del campo de Marte, y nos hemos introducido también en los diversos países que en él están representados; réstanos hablar ahora de las Bellas Artes en la Exposición, y será nuestro director en este particular H. de la Madelène, cuya opinión se hizo notable entre los científicos contemporáneos: dice este célebre autor que lo que más particularmente impresionaba al entrar